

14297

Abril 26 / 1873

EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

PABLO
Y VIRGINIA,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON IGNACIO VIRTO,

MÚSICA DEL

MAESTRO ROGEL.

525

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ. 40.-2.º

1873.

L47 - 6294

247-6294

PABLO Y VIRGINIA,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON IGNACIO VIRTO,

MUSICA DEL

MAESTRO ROGEL.

Representada con extraordinario aplauso en el teatro del Circo y otros, y
últimamente en el Teatro-Salon de Eslava.

Jose Rodriguez

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.

ACTORES.

VIRGINIA.....	DAÑA ANTONIA IZQUIERDO.
DOÑA PRUDENCIA.....	DOÑA ISABEL SANCHEZ.
PABLO.....	D. ÁNGEL POVEDANO.
DON SERAPIO.....	D. FRANCISCO POVEDANO.
PERPÉTUO.....	D. ANTONIO BELLOT.
RAMON.....	D. N. N.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Patio de la casa de un pueblo. Tapia al foro con puerta en el centro. A la izquierda la casa rústica con empujado y asientos. A la derecha tapia y una puertecilla.

ESCENA PRIMERA.

RAMON, luego PABLO.

- RAMON. (Hablando hácia afuera.) Bueno, pierdan ustedes cuidado. No sé lo que me han dicho, pero no haciendo nada me ahorro de equivocarme. Ahora que estoy solo á ver si puedo jugar tranquilamente una mano de brisca. (Coge tres sillas y las pone en hilera.) Esta silla me servirá de compañero. Ea! Dos cuartos por mí y dos por él. Vamos á ver quién gana.
- PABLO. Aquí debe ser segun me han dicho. Preguntaré.
- RAMON. (Barajaremos.)
- PABLO. Buenos dias, amigo.
- RAMON. Corto. El cinco de copas.
- PABLO. Que los tenga usted felices.
- RAMON. Creo que voy á perder.
- PABLO. Eh! buen amigo. (Le toca al hombro.)
- RAMON. (Por vida de...) ¿Qué hay? (Está de Dios que no he de poder acabar una mano.) Qué se le ofrece?

- PABLO. Diga usted, este pueblo es Torrejon?
- RAMON. No tan alto, que no soy tan sordo. Para servir á usted.
- PABLO. (Estúpido.)
- RAMON. Habrá usted venido en el tren?
- PABLO. Sí señor.
- RAMON. Ha llegado ya?
- PABLO. (Camueso!) Sí! En el tren. Sobre las suelas de mis zapatos, y que por más señas creo que no resisten la vuelta á Madrid.
- RAMON. Y han tardao ustedes mucho?
- PABLO. Veinte minutos!
- RAMON. Eh?
- PABLO. (Maldito seas!) Veinte minutos. (Tres horas por la puerta de Alcalá... estoy molido.)
- RAMON. (Y qué buscará por aquí!)
- PABLO. Y á todo esto me estará echando de ménos mi preciosa relojera de la calle de Atocha... ¡Á estas horas pasaba siempre por su casa y la contemplaba á través de los cristales de la tienda... Ea, despachemos.) Diga usted, no vive en esta casa doña Prudencia Calzado?
- RAMON. Que está usted cansado? Tome usted una silla... No tiene usted un cigarro?
- PABLO. Un demonio—le pregunto á usted si vive doña Prudencia.
- RAMON. Explíquese usted.—Sí señor, ahora está en misa.
- PABLO. Qué diantre! necesitaba verla sin falta, porque ha de saber usted que ayer recibí una carta de París, en la que me incluian otra para doña Prudencia, y me ordenaban que viniera á traerla al momento, porque era para mi felicidad... Está usted?...
- RAMON. (Qué estará diciendo?)
- PABLO. Por consiguiente, ya comprenderá usted los deseos que tendré de ver á la señora. Es verdad?
- RAMON. Conque no tiene usted un pitillo?
- PABLO. (Así reventes.) No fumo.
- RAMON. Para esto no es menester gritar tanto.
- PABLO. Conque no podré ver á la señora?

- RAMON. Mire usted, si quiere usted ganar tiempo, por aquí se va derecho á la iglesia, allí está mi ama...
- PABLO. Pero si yo no conozco á tu ama.
- RAMON. No tiene perdida. Una señora que va al lado de mi amo.
- PABLO. Hombre, si yo no conozco á ese señor.
- RAMON. Toina! El que va al lado de mi ama.
- PABLO. Si fuera hombre de puños aplastaba á este rinoceronte. Adios, camueso.
- RAMON. Tantas gracias, señorito! (Váse Pablo puerta derecha.)

ESCENA II.

RAMON, luego D. PERPÉTUO y VIRGINIA.

- RAMON. Al fin se ha ido! Vamos á ver si ahora puedo seguir con sosiego la mano que tenia empezada... Ajá!... En qué estábamos? (Coloca las sillas.) Ah! sí, este me habia echado el tres de espadas... y yo le ganaba con el as.
- PERP. Aquí debe ser.
- VIRG. Allí hay un hombre, papá!
- PERP. Le preguntaré! Buenos dias.
- RAMON. (Buenas cartas tiene este tunante.)
- PERP. Que los tenga usted felices. (Bajando.)
- RAMON. (Voy á tener que hacerle una trampa.)
- PERP. Eh! camarada. Es usted sordo? (Tocándole en el hombro.)
- RAMON. Y en qué me lo ha conocido usted?
- PERP. En el modo de andar. Diga usted ¿no vive aquí don Serapio de la Parra?
- RAMON. Para servir á usted.
- PERP. Es usted?
- RAMON. Yo! já! já! El amo está en la iglesia. Si quieren ustedes verlo, por aquí se va derecho. (Á ver si me dejan solo.)
- PERP. Prefiero esperarle. Siéntate, Virginia.
- RAMON. (Y se sienta.)
- PERP. ¿Pero qué tienes, muchacha? Estás mala?
- VIRG. No señor.

PERP. (Estas muchachas no sirven para nada. Si Dios en vez de hija me hubiese dado un hijo... Un muchacho salta, brinca, fuma... Qué feliz sería yo si tuviera un hijo!)

VIRG. (Ahora puede que esté mirando por los cristales de la tienda, y no me verá.)

PERP. Conque ponte alegre, y á ver si te luces, muchacha. Ya estás dos años en el Conservatorio y quiero que te juzgue mi amigo Serapio, que no es moco de pavo en el asunto.

VIRG. Qué!... también lo entiende?

PERP. Qué si entiende? Ha sido galan de mi compañía lo menos tres años, y yo te respondo... ¡Vaya un galan de fuerza! Hacía el *Tenorio* y *Cuzman el Bueno* en una noche, y se quedaba tan fresco! Luégo tenía aquella planta y aquella propiedad: había que verle haciendo el *Pelayo* con un sombrero de tres picos, un espadín y sus botas de montar.

VIRG. Y hace mucho tiempo que no le ve á usted?

PERP. Hace diez y ocho años. Anoche leí en la *Correspondencia* un anuncio de una fábrica de aguardiente recién establecida en Torrejon, y dirigida por don Serapio de la Parra. Este es mi amigo Serapio, exclamé, el primer galan de mi compañía.

VIRG. (Bonito día me espera!)

PERP. No lo extrañé!... El arte está tan malo! Aquí me tienes á mí, que despues de haber dicho un periódico de Cuenca, que yo estaba llamado á regenerar el arte... Y cuidado que era hombre que lo entendía el que escribía el periódico! Un fiel de puertas que había seguido la carrera de escribano.

RAMON. (Desde el foro.) Ya viene el amo!

PERP. Serapio! Cómo me palpita el corazón. Á ver si me reconoce!...

ESCENA III.

DICHOS, D. SERAPIO y DOÑA PRUDENCIA, foro.

- RAMON. Ahí le esperan á usted.
- SERAPIO. Á mí! Quién?
- PRUD. Anda á ver.
- SERAPIO. No conozco... Qué veo!
- PERP. Serapio!
- SERAPIO. Perpetuo! (Se abrazan.)
- PERP. Chico! Estás hecho un viejo!
- SERAPIO. Pues y tú!
- PERP. Quién lo habia de decir, cuando eramos...
- SERAPIO. (Calla, mi mujer no sabe nada!)
- PERP. Tú mujer!
- SERAPIO. Sí: aquí tengo el gusto de presentarte á mi querida esposa.
- PERP. Muy señora mía.
- PRUD. Servidora de usted.
- SERAPIO. Y esta señorita, es tu hija?
- PERP. Para servirte. Dile algo á Serapio, muchacha.
- VIRG. Beso á usted la mano.
- SERAPIO. Tantas gracias.
- PRUD. Conque son ustedes amigos?
- PERP. Amigos! Más todavía! No nos hemos separado en tres años...
- SERAPIO. Ejem! ejem!
- PERP. Hemos ido en la misma compañía.
- SERAPIO. Perpetuo! (Pellizcándole.)
- PRUD. En qué compañía?
- SERAPIO. En la milica, mujer, cuando mandaban los otros.
- PRUD. Yo tambien tengo un hermano que ha sido militar. Ahora está emigrado en Francia!
- SERAPIO. Ya te tengo dicho!...
- PRUD. Quiero hablar de él! No sé por qué le tiene una ojerriza!
- SERAPIO. Prudencia!

- PRUD. Bien que la necesito para sufrirte.
- PERP. Tú extrañarás mi venida... es verdad? Pues vengo en primer lugar para recordar nuestras antiguas glorias; y en segundo, porque quiero que oigas á mi hija... le tira mucho el teatro... y como tú lo entiendes...
- SERAPIO. Toma! (Pellizcándole.)
- PRUD. Que mi marido lo entiende?
- PERP. Señora, *el moro de Venecia* no habia quien se le pusiera delante.
- PRUD. Qué moro es ese?
- SERAPIO. Un amigo nuestro... uno que vendia dátiles, y zapatillas... qué moro habia de ser?
- PRUD. Conque á esta señorita le tira tanto el teatro?
- VIRG. Sí señora, tiene una cosa que *fascina*.
- PERP. Y ha salido que ni pintada: de tal leña tal astilla.
- PRUD. Hola!
- PERP. Sí señora. Si viera usted qué bien corta el verso.
- SERAPIO. (La lengua te cortaria yo á tí.)
- PERP. Con eso y un poquito de canto, ya no le falta nada: la tengo en el Conservatorio dos años, y ha sacado ya el sétimo premio... toma! y no ha sido el sexto por intrigas.
- PRUD. Mire usted! Y ha salido ya?
- PERP. Hace unas noches dió una funcion la sociedad del *Laberinto*, y esta hizo un drama que se llamaba *La Pecadora*: todos dijeron que el título le venia que ni de molde.
- VIRG. Otra noche estrenamos un drama escrito por un socio... uno que da lecciones de guitarra... se llamaba *Los Asesinos*, y quedaron tan satisfechos, que un caballero que llevaba un tapabocas de color de pasa, dijo que todos habiamos estado *poseidos* de nuestro papel!
- SERAPIO. Veamos: pues tendremos el gusto de oir...
- PRUD. Sí, señorita. Eche usted algo.
- PERP. Canta, hija, canta.
- VIRG. Tengo la voz tan *pécsima*... con el calor!
- PERP. Nada de excusas.

VIRG. Pues cantaré.

CANTO.

Mi madre me está diciendo
que olvide yo á mi Manuel,
cuando él se muere por mí
y yo me muero por él!

Ay madrecita,
si tú supieras
que me roba las horas de sueño
su cara morena!
Ay madre mia,
que dando suspiros
me paso el día.

Mi madre le está cerrando
la ventana y el balcon,
cuando le tengo yo abiertas
las puertas del corazon!

Ay si supiera
la madre mia
que es mi vida la luz de sus ojos,
no me encerraría.
Ay, yo me muero,
y me quitan la vida
sus ojos negros.

HABLADO.

PRUD. Muy bien.

SERAPIO. Te doy la enhorabuena.

PRUD. Esta señorita querrá distraerse un rato, que para eso ha
venido... Vamos al jardin y allí cogerá usted flores
miéntras mando disponer el almuerzo...

VIRG. Como usted guste. (Vánse las dos.)

ESCENA IV.

SERAPIO y PERPÉTUO.

SERAPIO. Pero hombre, estás dado á Satanás?

PERP. Yo!

SERAPIO. Ponerte á hablar delante de mi mujer de aquellos tiempos.

PERP. Hombre, me parece...

SERAPIO. Mi mujer está muy considerada en el pueblo. No hay fábrica mejor que la nuestra... Vaya un aguardiente... Ya lo probarás!

PERP. Gracias.

SERAPIO. Y tú, qué te has hecho?

PERP. También he sentado los reales. Soy relojero.

SERAPIO. No es mucho que digamos.

PERP. Me parece... en fin, dejemos eso: recordemos nuestras glorias teatrales.

SERAPIO. Mas bajo, hombre, más bajo; puede oírnos mi mujer.

PERP. Me han dicho que te silbaron en Calatayud... Es verdad?

SERAPIO. Son unos cafres! Figúrate que puse *El Manco de Lepanto* á mi beneficio: yo hacía de Cervantes, y como sabes que soy esclavo de la verdad, me pinté todo de verde; traje, manos, cara, todo.

PERP. Hombre!

SERAPIO. Aguarda! Salgo y empiezan á gritar... fuera... Cuando ví tanta ignorancia, me eché á las candilejas y dije... Señores, cuando no se sabe una cosa se debe callar... Vayan ustedes á Madrid, y verán en la plazuela de las Córtes de qué color es Cervantes.

PERP. Qué quieres, hay que darle gusto al público!

SERAPIO. Donde nos lucimos fué en Albacete.

PERP. Oh! Allí hice yo un gran papel, tuve mucho partido!

SERAPIO. Con el bello sexo especialmente; ¿te acuerdas de aquella viudita?

PERP. Calla, Serapio, diez y ocho años han pasado, y la con-

ciencia me recuerda todavía... Yo creo que he de ser padre.

SERAPIO. Hombre!

PERP. Lo soy: me lo dice el corazón. Y ahora que me acuerdo, tú también estabas hecho un Tenorio.

SERAPIO. Calla, hombre, calla. Puede oírnos mi mujer.

PERP. El ama de nuestra casa de huéspedes, una jamona soberbia, deliraba por tí.

SERAPIO. Ay Perpétuo! Yo tengo el mismo remordimiento que tú! Quizás algún vástago anónimo suspira por mí...

RAMON. La señora...

LOS DOS. Eh! (Asustados.)

RAMON. Que los espera á ustedes.

SERAPIO. Bárbaro, me has asustado. Vamos, Perpétuo?

PERP. Vamos, Serapio. (Entran los tres en la casa.)

ESCENA V.

VIRGINIA, sale del jardín con ramo.

VIRG. Esto será muy divertido, pero mejor estaba en Madrid. Al menos veía á Pablito! Cuando me acuerdo de este invierno, que lo veía morir de amor y de frío, porque como el pobrecito no tenía más que el frac, y algunos días estaba nevando... ¡Qué lástima daba verle! De buena gana le hubiera llamado... Pero es tan tímido, que aún no me ha hablado palabra... Será preciso darle ánimos... y cómo?...

ESCENA VI.

VIRGINIA, PABLO, por el foro.

PABLO. (Por más vueltas que he dado no encuentro á esa señora!)

VIRG. (Si mi papá no tuviera ese genio!) (Vuelta de espaldas)

PABLO. Será ella? Dispense usted... doña...

VIRG. Quién es? Ah! (Viéndole.)

PABLO. Qué veo! Ella!

VIRG. Él!

CANTO.

PABLO. Dios santo! Cómo es esto,
la relojera aquí?)

VIRG. (Qué es esto? aquí Pablito!
no sé qué presumir!)
Se calla! no me mira!
Pues yo le haré venir.
(Las piernas se me doblan...
Qué va á pasar aquí!)

PABLO. Ay!
(Y suspira!)
Ay!
santo Dios!
ese suspiro
es un arpon
que me hace trizas
el corazon!
Yo me decido...
Ea! valor.

VIRG. Ya se me acerca,
gracias á Dios.

PABLO. Santos del cielo,
qué diré yo.

Ay!
Y suspira! No es lo peor.

PABLO. Quién dijo miedo!

Chist.
VIRG. (Me llamó!)

Qué se le ofrece?
PABLO. (Qué dulce voz!)

Decirle anhelo...
VIRG. Será su amor.

Diga usted pronto.

PABLO.

Pues bien... pues yo...

Sabe usted, hija, que hace calor?

PABLO.

La eché á perder,
voto á Moloc,
maldito miedo,
fatal temor.

Me atraganté

y á lo mejor.

La eché á perder,

toqué el violon.

VIRGINIA.

Su timidez,
su turbacion
de su cariño
señales son.

Yo venceré

tanto temor,

mio ha de ser

su corazon.

VIRG.

Apelemos á otro medio.

(Deja caer el ramo.) Ay! mi ramo!

PABLO.

Tome usted.

VIRG.

Ay, preciosa relojera... (Va á arrodillarse.)

PABLO.

Alce usted.

Escúchame.

PABLO.

Há seis meses

que tu calle

es mi sola

habitacion;

que esos ojos

y ese talle

me han robado

el corazon.

Deja, deja

el ceño esquivo,

mira, niña,

que por tí,

yo no como,

yo no vivo,

yo estoy hecho

un tallarin.

VIRGINIA.

Ya le he visto

por mi calle

hecho todo

un trovador.

Y sospecho

por su talle

que es usted

un seductor.

Yo no tengo

ceño esquivo,

no me juzgue

usted así.

Y pues sabe

donde vivo

vaya usted

si es con buen fin.

HABLADO.

- PABLO. Conque es usted? Lo estoy viendo y no lo creo.
- VIRG. Lo mismo digo yo.
- PABLO. Ay Virginia de mi vida!
- VIRG. Cómo sabe usted mi nombre?
- PABLO. Me lo ha dicho el boticario que vive al lado de usted.— Como decía... ay! Virginia!... nosotros eclipsaremos á los célebres amantes... Yo seré Pablo... tú serás la casta Virginia..
- VIRG. Oiga usted, caballero. Hágame usted el favor de no confundirme con esa clase de mujeres.
- PABLO. Oh Virginia sublime! Déjeme usted que la contemple! estoy recordando la primera vez que la ví á usted.
- VIRG. No hago memoria.
- PABLO. Sí señora: un domingo en la Historia natural... en el cuarto de los osos...
- VIRG. Sí... miré bien á todos los osos... pero no le recuerdo á usted.
- PABLO. Ay qué boca tan hechicera! me da usted el ramillete?
- VIRG. Devuélvamele usted.
- PABLO. No haga usted caso. (Lo guarda en el pecho.) Por supuesto que usted corresponde á mi amor... lo estoy leyendo en sus ojos! Una palabra y soy feliz!
- VIRG. (No sé qué decirle!)
- PABLO. Callas... Eso es decirme que sí. (Coge la mano.) Gracias!... Me permitirá usted que la coja la mano?
- VIRG. Usted es el enemigo!
- PABLO. (Besándola.) Me permitirá usted que se la bese?
- VIRG. Qué atrevimiento!
- PABLO. No haga usted caso. Seis meses que estoy esperando este dulce momento, seis meses, Virginia, es decir, veinte y seis semanas, ciento ochenta y dos días, figúrese usted. (La besa la mano.)
- VIRG. Me va á comprometer!
- PABLO. Lo que voy á hacer es morir á tus piés si no me dices que me amas. (Se arrodilla.)

- VIRG. Levántese usted.
PABLO. Nunca.
VIRG. Que se va usted á manchar el frac.
PABLO. Que haya una mancha más, qué importa el fraque!
VIRG. Que van á venir!
PABLO. Permite que repita. (La besa la mano en el momento de salir Perpétuo.)

ESCENA VII.

DICHOS, PERPÉTUO.

- PERP. Qué veo!
VIRG. Cielós!
PABLO. (El papá!)
PERP. Un monigote á los piés de mi hija?
PABLO. Caballero, debo decir á usted...
PERP. Y es el de el frac! Voy á cometer un miquicidio. (Va á dirigirse á Pablo y se opondrá Virginia.)
VIRG. Papá, por Dios.
PERP. Aparta.
VIRG. Te aseguro...
PABLO. Le aseguro á usted...
PERP. Silencio. Ya me verá las caras con este jóven imberbe. Retírate.
VIRG. Ya voy, papá. (Pobrecito, con tal de que no le pegue...)
PERP. Vamos. (Dando una patada.)
PABLO. (Es un caribe.)
VIRG. Voy. (Tenga usted cuidado, papá es muy largo de manos.)
PABLO. (Diablo!)
VIRG. (Y puede estropearle á usted.)
PABLO. (Demonio!)
PERP. Pero no te vas?
VIRG. Sí señor. (Qué sucederá!) (Váase.)

ESCENA VIII.

PERPÉTUO, PABLO.

- PERP. Vamos á ver. Acércate, pelele.
PABLO. (Y me tutea!)
PERP. Vas á contestar á lo que te pregunte.
PABLO. Bueno.
PERP. Y si no...
PABLO. (Qué bárbaro!)
PERP. Por qué le besabas la mano á mi hija?
PABLO. Usted ha visto mal... Yo...
PERP. Cómo que he visto mal... (Va á cogerle del chaleco y le saca el ramo.) Qué es esto? Un ramo?
PABLO. Justo.
PERP. Por qué llevas esto en el pecho?
PABLO. Porque aquí...
PERP. Habla...
PABLO. Se conserva más fresco.
PERP. Bueno. Decomisado. (Se lo guarda en el bolsillo.)
PABLO. (Y se lo guarda!)
PERP. Disponde á contestar. (Saca cartera y lapiz.) Vamos, dí tu nombre, tu apellido, tus apodos, sitio de naturaleza, punto de residencia, vida, costumbres, profesion, edad, cualidades, señas particulares... vamos, responde.
PABLO. Caballero, vamos por partes. Usted me confunde: no me puede preguntar poco á poco?
PERP. (Tiene aplomo.) Cómo te llamas?
PABLO. Pablito María José de los Santos Mártires.
PERP. Y qué más? No tienes apellido?
PABLO. Le parece á usted poco!
PERP. Y tu estado?
PABLO. Mi estado? Yo no tengo ninguno.
PERP. Eres soltero?
PABLO. Lo que yo soy es huérfano!
PERP. Vamos, ya es ser algo. Y de qué vives?
PABLO. De lo que como.

- PERP. (Tiene razon!) Y en qué te ocupas?
- PABLO. Pinto...
- PERP. Monas?
- PABLO. No señor, lo que sale. Ademas vivo de mis rentas.
- PERP. Hola!
- PABLO. De Francia me mandan una peseta diaria.
- PERP. (Estará pensionado por Napoleon.) ¿Y no sabes dónde has nacido?
- PABLO. Dicen que nací en Albacete.
- PERP. (En Albacete!)
- PABLO. (Se ha conmovido!)
- PERP. Dime, Pablito. ¿Y tienes padre?
- PABLO. No señor; yo no he tenido padre nunca.
- PERP. Y madre?
- PABLO. Tampoco. Jamás he tenido madre!
- PERP. (Es tonto!) Pero hombre...
- PABLO. Vaya! La mujer que me ha criado, dice que me recogió siendo un angelito, y que me llevaron á su casa en una cestita de flores.
- PERP. Y qué edad tienes?
- PABLO. Diez y siete años.
- PERP. (Su edad!)
- PABLO. ¿Por qué me mira usted tanto?
- PERP. (Tiene el entrecejo de la viuda. ¡Esto es sério!)
- PABLO. Cuando murió la mujer que me habia criado, dejé á Albacete y me vine á Madrid.
- PERP. Pero acércate.
- PABLO. No me atrevo.
- PERP. (Esa mirada... ese aire...) Mira, da un paseito...
- PABLO. Qué manía. (Pasea.)
- PERP. (Él es!) Pues querido, ya no te separas de mi lado.
- PABLO. Cómo!
- PERP. Vamos á buscar á Virginia. Quiero que la abrace.
- PABLO. Cielos! Consiente usted en la union de Pablo y Virginia?
- PERP. Qué dices, infeliz?
- PABLO. No me rechace usted. Ya verá usted cómo trabajo y me

- hago rico.
- PERP. No es eso, Pablito. Aunque fueras millonario, no podrías casarte con Virginia.
- PABLO. Por qué?
- PERP. Pero hombre, ¿no me has comprendido? No adviertes nada en mis ojos?
- PABLO. Á ver... Me parece que aquí le está saliendo á usted un orzuelo.
- PERP. Oh! Ceguedad inexplicable! No sabes por qué no puedes casarte con Virginia?
- PABLO. No señor.
- PERP. Pues bien, Virginia es...
- PABLO. Qué?
- PERP. Tu hermana!
- PABLO. Dios mio! Luego usted es...
- PERP. Sigue...
- PABLO. Papá.
- PERP. Pablito!... (Se abrazan.)

CANTO.

- Vuela aquí á mis brazos
cara prenda de mi amor.
- PABLO. Me he quedado bizco,
qué tribulacion.
- PERP. Vuélvete á este lado,
ven, Pablito, acá.
Deja que en mirarte
goce tu papá!
Sabes que eres guapo?
- PABLO. Me hace usted favor
- PERP. Tienes mucha gracia,
es toditó yo!
mia es esa boca,
mia esa nariz.
- PABLO. No señor, que es mia
desde que nací.

- PABLO. Yo no sé qué digo,
ay qué confusion!
me he quedado bizco,
yo toco el violon.
- PERPÉTUO. Deja que te mire,
prenda de mi amor,
tienes mucha gracia,
eres todo yo.
- PERP. Pero advierto con tristeza,
caro bien, y con dolor...
- PABLO. Qué, papá!
- PERP. Que tu pelaje no es gran cosa.
- PABLO. No señor.
- PERP. Este frac se te evapora.
- PABLO. Eso mismo digo yo.
- PERP. Te costó mucho esa alhaja?
- PABLO. Me costó un napoleon.
- PERP. Pues de hoy más, caro pimpollo,
va á mudar tu posicion.
- PABLO. Es de veras?
- PERP. Tan de veras,
has de ver lo que soy yo.
- PERPÉTUO. Si eres bueno y obediente,
va á comprarte tu papá
un chaleco de dos duros
y un bonito levisac;
un sombrero de primera,
unas botas de charol,
y quevedos y junquillo
y unos guantes de Dubos.
- PABLO. Seré bueno y obediente,
querré mucho á mi papá,
y saldré por el paseo
á lucir el levisac,
mi sombrero de primera,
mis botinas de charol,
mis quevedos, mi junquillo
y mis guantes de Dubos.

HABLADO.

- PERP. Sí, Pablito, desde hoy vas á ser feliz; tienes dinero?
- PABLO. Sí señor, ventiun cuartos... y un real de columnas,
pero no pasa.
- PERP. No pasa! Toma, hijo, toma!
- PABLO. Duros! Yo estoy en habia!
- PERP. Pero qué tienes?

- PABLO. Ay! el placer... la emocion... ah! (Se desmaya.)
PERP. Se ha desmayado! he sido tan brusco! Pablito, hazle un cariño á papá! no me oye... Qué hacer? En el jardin debe haber agua... Corramos!

ESCENA IX.

PABLO desmayado, DOÑA PRUDENCIA, despues PERPÉTUO.

- PRUD. Vuelvo al momento. Qué es esto? Un jóven desmayado. Afortunadamente tengo aquí el abanico, le haré aire... Jóven, vuelva usted en sí!
- PABLO. Dónde estoy? Una señora?
- PRUD. Qué busca usted aquí?
- PABLO. Vengo á entregar una carta á doña Prudencia.
- PRUD. Á mí? Deme usted.
- PABLO. Aquí está.
- PRUD. (La letra de mi hermano.)
- PABLO. (Yo estoy en vilo.)
- PRUD. Veamos. «Querida Prudencia: tengo que partir para »América, y ántes de hacerlo, quiero confiarte al hijo »que tuvé de mi desgraciado matrimonio!!» Cielos!
- PABLO. (Virginia mi hermana!)
- PRUD. «Lo habia callado por asuntos de familia, y lo hice criar »secretamente en Albacete. Cuida tú de él, ya que el »pobre no tiene á nadie en el mundo. Tu infeliz her- »mano.—Juan.»
- PABLO. (Qué dirá la carta.)
- PRUD. (Pobrecito!) Ah!... si... si... ven acá, hijo mio! (Le abraza.)
- PABLO. Eh!
- PRUD. Ay, se me va la cabeza! El placer... la emocion... Ah! (Se desmaya.)
- PABLO. Dios mío, se ha desmayado... y me llama su hijo. Mamá, mamá! Y no tengo nada que darle! Un vaso de agua... voy corriendo. (Váase.)
- PERP. No he encontrado más que esto... No importa. Á ver si... qué veo, la mujer de Serapio!

- PRUD. Yo me ahogo! Qué sofocacion!
- PERP. Qué significa esto?
- PRUD. (Yo le serviré de amparo!) Pablito, hijo mio!
- PERP. Cómo!
- PRUD. (Cielos, don Perpétuo.)
- PERP. Querrá usted explicarme...
- PRUD. Más tarde... vuelvo. (Váase.)
- PERP. Se turba, y dice que Pablito es su hijo... Gran Dios, si será ella... Ay, me faltan las fuerzas... la emocion... el... (Va á caer y se le clava el ramo de Pablo.) Uy!!
- PABLO. Aquí hay agua con azúcar!
- PERP. Maldito ramo!
- PABLO. Ay, que es papá! Tome usted y se le pasará.
- SERAPIO. (Dentro.) Perpétuo... dónde andas?
- PERP. Serapio.
- PABLO. Se alivia usted, papá?
- PERP. Silencio, desgraciado... no me llames papá!... tú no me conoces...
- PABLO. Eh!
- PERP. No me has visto nunca... Pero no digas nada... déjame á mí.
- PABLO. (Qué rarezas tiene papá.)

ESCENA X.

PABLO, PERPÉTUO, SERAPIO.

- SERAPIO. Hola! Estás ahí... Un jóven!
- PERP. Sí, es mi aprendiz.
- PABLO. (Su aprendiz.)
- PERP. Se llama Toribio... es un gallego muy listo!
- PABLO. (Toribio.)
- SERAPIO. Una regadera! Un vaso de agua. Qué diablos es esto!
- PERP. No lo extrañes... Es que me bebo un vaso de agua azucarada todos los días á estas horas...
- SERAPIO. Agua... de la regadera!
- PERP. Hace diez y ocho años.
- SERAPIO. No te pregunto yo desde cuándo.

- PERP. Mira, Toribio... Muchacho.
PABLO. Ah!... qué?
PERP. Llévate la regadera... anda y espérame á la puerta.
PABLO. (Á la puerta? Y dice que soy su hijo!)
PERP. Anda hombre.
PABLO. Voy. (Estoy atontado!) (Váse.)

ESCENA XI.

PERPÉTUO, SERAPIO, DOÑA PRUDENCIA.

- SERAPIO. Estás azorado; qué te pasa?
PERP. Es una historia... Ah! Tu mujer!
PRUD. Tengo que hablarte, Serapio.
SERAPIO. Como quieras!
PERP. (Es particular! maldito si la conozco!) Ahí les dejo á ustedes.
SERAPIO. Hombre, no... quédate.
PRUD. (Y el caso es que yo no puedo decirle que es mi sobrino.)
PERP. En la sala te espero... (Imposible, la otra es algo chistata... á no ser que en diez y ocho años le haya crecido la nariz.) (Váse.)
PRUD. (¿Cómo forjaré yo un enredo para que lo admita en casa? Dios me iluminará.)
SERAPIO. Vamos, habla, mujer...
PRUD. Serapio, voy á confiarte un secreto.
SERAPIO. Dí.
PRUD. Se trata de una obra de caridad.
SERAPIO. Toma! Haz lo que quieras.
PRUD. Es que es cosa muy formal.
SERAPIO. Explicáte.
PRUD. (Qué le diré?) Pues mira, hace muchos años tenía yo una amiga que se fué á vivir á Albacete...
SERAPIO. Bueno, y qué?
PRUD. La pobre vino á ménos y tuvo que poner una casa de huéspedes...
SERAPIO. De huéspedes... (Yo tiemblo!)

- PRUD. En fin, para abreviar, tuvo unos amores desgraciados con un infame...
- SERAPIO. Sí, sí... (Yo sudo.)
- PRUD. Quiero callarte el nombre de mi amiga... é ignoro el de el seductor.
- SERAPIO. Ah!... Pero en fin?
- PRUD. En fin, mi amiga ha muerto y hoy viene á pedirme amparo su pobrecito hijo!
- SERAPIO. Su hijo! Conque tuvo un hijo?
- PRUD. Sí.
- SERAPIO. Y quieres traerlo aquí, á nuestro lado?
- PRUD. Si tú quieres.
- SERAPIO. Sí, mujer, sí... (De Albacete... una casa de huéspedes, él es!) Y dices que está aquí?
- PRUD. Sí.
- SERAPIO. En dónde? Quiero verle!
- PRUD. Pero qué tienes?
- SERAPIO. Yo nada! es que estas cosas me enternecen... y pensar que el pobre estaba sin amparo!...
- PRUD. Conque consientes?
- SERAPIO. Ya se ve que sí.
- PRUD. Y serás un padre para él?
- SERAPIO. Un padre! Sí. (Ya lo creo.)
- PABLO. (No le veo por ninguna parte.)
- SERAPIO. Pero en dónde está?
- PRUD. Justamente! mírale!...
- SERAPIO. Ese! (El aprendiz de Perpétuo!)

ESCENA XII.

DICHOS, PABLO.

- PABLO. (Un caballero con mamá.)
- PRUD. Acércate, Pablito.
- SERAPIO. ¿Se llama Pablito?
- PRUD. Sí.
- SERAPIO. (Y Perpétuo que le llamaba Toribio!)
- PABLO. (Qué me querrán!)

- PRUD. Mírale bien... Es bien plantado, eh?
- SERAPIO. Sí, tiene buen corte... (Todo yo.)
- PABLO. (Cómo me examinan!)
- SERAPIO. Ven acá, Pablito. Dame la mano.
- PABLO. Las dos si usted quiere.
- SERAPIO. Mírame bien.
- PABLO. Ya miro.
- SERAPIO. Desde hoy tienes en mi un padre.
- PABLO. (Otro.)
- SERAPIO. Permíteme que te abrace.
- PABLO. (Caramba, no tengo yo poca familia.)
- SERAPIO. Pues querido, desde hoy va á mejorar tu posición.
- PABLO. Falta me hace.
- SERAPIO. (Iré á ver á Perpétuo y le contaré!) Qué hora es, Pablito?
- PABLO. Y yo qué sé.
- SERAPIO. No lo sabes?
- PABLO. Como no tengo reloj!
- SERAPIO. No tienes reloj?
- PABLO. No lo he tenido nunca!
- SERAPIO. No ha tenido nunca reloj! (Le da el suyo.) Toma, hijo, toma.
- PABLO. Eh!
- SERAPIO. Toma, hombre!
- PABLO. Usted se quiere burlar.
- PRUD. Pobrecillo.
- SERAPIO. No seas tonto... guárdatelo!
- PABLO. Para mí?
- SERAPIO. (Es memo.)
- PRUD. Dónde le colocaremos? En el piso segundo?
- SERAPIO. No, en el gabinete... junto á mi cuarto... Ah, oye, has almorzado?
- PABLO. Sí señor, ántes de salir de Madrid me compré una rosca.
- SERAPIO. Una rosca! Dale de almorzar, Prudencia, que no le falte nada.
- PRUD. Pierde cuidado: ven Pablito.
- PABLO. Voy. (No sé lo que me pasa.)

ESCENA XIII.

SERAPIO solo.

SERAPIO. Adios, querido, hasta luégo. Tengo un hijo! Y ese estúpido de Perpétuo que lo habia hecho su aprendiz!... ahora que lo sé todo voy á decirle...

ESCENA XIV.

SERAPIO, PERPÉTUO.

PERP. Gracias á Dios que te encuentro.

SERAPIO. Qué tienes?

PERP. Cómo se llama tu mujer?

SERAPIO. Hombre!

PERP. Es una espina que tengo en la garganta, habla.

SERAPIO. Prudencia.

PERP. Sabes si en otro tiempo se ha llamado otra cosa?

SERAPIO. No, hombre.

PERP. Ó sabes si ha sido chata alguna vez?

SERAPIO. Estás loco?

PERP. Gracias! gracias! Me has sacado la espina.

SERAPIO. Me explicarás?

PERP. Tengo que confiarte un secreto.

SERAPIO. Yo te iba á pedir un favor.

PERP. Lo que quieras. Pero ántes te contare.

SERAPIO. No, permite que te diga.

PERP. Pues has de saber...

SERAPIO. Déjame hablar... yo...

PERP. Yo tengo un hijo.

SERAPIO. Tú!

PERP. Mi esperanza, mi porvenir.

SERAPIO. Es singular.

PERP. El qué?

SERAPIO. Que yo tambien soy padre!

PERP. Tú?

SERAPIO. De un mancebo de diez y siete abriles.

- PERP. La edad de mi pimpollo!
- SERAPIO. Y cómo se llama tu hijo?
- PERP. Pablito.
- SERAPIO. Tu aprendiz?
- PERP. El mismo.
- SERAPIO. No señor... Pablito es mi hijo... Es el fruto de mis amores de Albacete... aquella casa de huéspedes... Te acuerdas?
- PERP. No señor: Pablito es hijo de la viuda... lo sé de buena tinta.
- SERAPIO. Y yo.
- PERP. No señor.
- SERAPIO. Sí señor. (Pausa.)
- PERP. (Si será?)
- SERAPIO. (Si no será?)
- PERP. Estás cierto, Serapio?
- SERAPIO. Estás seguro, Perpétuo?
- PERP. Mira, bien meditado, te conviene á ti. No tienes familia.
- SERAPIO. No, lo he pensado mejor. Quédate con él. Es tu aprendiz.
- PERP. Ya decía yo que no podía ser mi hijo ese trasto!
- SERAPIO. Ya sospechaba yo que no me pertenecía ese pelele!

ESCENA XV.

DICHOS, VIRGINIA, que trae á PABLO de la mano.

- VIRG. Vaya si me seguirá usted. Es preciso aclarar este enredo.
- PERPETUO y SERAPIO. ¡Eh!
- PABLO. Señorita, cuando le digo á usted...
- VIRG. Mi papá lo explicará todo. Este caballero sostiene que usted le ha dicho que es mi hermano... Es verdad que no?
- PERP. Tu hermano ese jóven, no señor. Es hijo de Serapio.
- SERAPIO. No señor. Es tu aprendiz.
- VIRG. Cómo aprendiz?

- PABLO. Pero usted no me ha dicho...
PERP. Quita de aquí... Ah, mira, devuélveme mis napoleones.
PABLO. Usted me explicará!
SERAPIO. Yo no te conozco... Hazme el favor del reloj...
PABLO. Pero señores, de quién soy yo hijo?
PERP. De nadie. Tú no has tenido padre nunca.
SERAPIO. Jamás!
PABLO. Cómo que no! Ahora lo explicará todo mi mamá! mamá, mamá?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA PRUDENCIA.

- PRUD. Ya veo que será preciso decirlo todo. Este jóven es hijo de mi hermano, el que está emigrado.
PERP. y SERAPIO. Cómo!
PERP. Pues no ha nacido en Albacete?
PRUD. No señor: se ha criado allí. Nació en Madrid.
PERP. (Y yo que creía...)
SERAPIO. Pues y lo que me contaste hace poco?
PRUD. Fué un cuento que inventé para que lo admitieras en casa... Como aborrecias tanto á su padre...
SERAPIO. Ya lo olvidé todo. Ven á mis brazos, sobrino. (Qué estúpidos hemos sido.)
PERP. (Calla!)
PABLO. Pues ya sólo falta una cosa. Que me concedan ustedes la mano de Virginia!
PERP. Cómo!
VIRG. Sí, papá.
SERAPIO. Vamos, yo consiento.
PRUD. Y yo.
PERP. Y yo.
VIRG. Y yo.
PABLO. Y yo! Así quedarán unidos Pablo y Virginia.

CANTO FINAL.

PABLO y VIRG.

Si me quieres,
si me adoras
te prometo,
dulce bien,
que en quererte
y adorarte
mi ventura
cifraré.

Yo te quiero,
yo te adoro,
vida mia,
con pasion.
Dios bendiga
para siempre
nuestra union.

Todos.

Dios bendiga
para siempre ^{nuestra} _{vuestra} union.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 14 de Mayo de 1862.

El Censor de Teatros

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Adición al Catálogo de **EL TEATRO**, de 1.º de Octubre de 1872.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.	Prop. que Actos. corresponde	TÍTULOS DE LAS OBRAS.	Prop. que Actos. corresponde
Al sol que más calienta.	1 Todo.	El percal y la seda.	3 Todo.
Al que se hace de miel.	1 Id.	El Tasso.	3 Id.
Cada mochuelo á su olivo.	1 Id.	El wals de Venzano.	3 Id.
Como la espuma.	1 Id.	Honrar padre y madre.	3 Id.
Corona y gorro frigio.	1 Id.	Receta matrimonial.	3 Id.
Desde el teudido.	1 Id.	Aurora.	4 Id.
El bautizo.	1 Id.	El hijo de las selvas.	4 Id.
El hombre fatal.	1 Id.	El haz de leña.	5 Id.
En estado de sitio.	1 Id.	¿Come el Duque?	1 L. y M.
Guillermina.	1 Id.	La cabra tira al monte.	1 L. y M.
La familia de D. Lucas.	1 Id.	La huérfana.	1 L. y M.
La lechera.	1 Id.	La niñera.	1 M.
La mejor venganza.	1 Id.	Lazos de la niñez.	1 M.
Los locos de Leganés.	1 Id.	Las aleruyas vivientes.	1 L. y M.
Más vale pájaro en mano.	1 Id.	Pum! Pum!	1 L. y M.
Necesito un hombre.	1 Id.	Simon.	1 M.
Pobres y ricos.	1 Id.	Sistema americano.	1 L.
Por falta de abrigo.	1 Id.	Una actriz y un empresario.	1 L. (Mit.)
Por un suelto.	1 Id.	El cólera morbo.	2 L. y M.
Sitiar por hambre.	1 Id.	El entremetido.	2 Mit. M.
Un hombre honrado.	1 Id.	La firma en blanco.	2 L. y M.
Un hombre que ha quemado á su mujer.	1 Id.	Satanás II.	2 L.
Un secreto entre mujeres.	1 Id.	El rigor de las desdichas.	3 M.
Un yerno á pedir de boca.	1 Id.	El tributo de las cien donce- llas.	3 L.
Triunfo de la esperanza.	2 Id.	Kaolin.	3 L.
Cuerdos y locos.	3 Id.	La cruz y la media luna.	3 L.
El baile de la condesa.	3 Id.	Las cien doncellas.	3 L. y M.
El castillo de Simancas.	3 Mitad.	Sueños de oro	3 L.
El esclavo.	3 Todo.		
El manicomio modelo.	3 Id.		

Ha dejado de pertenecer á esta galería el *Libro* de la zarzuela en 5 actos, titulada *El atrevido en la corte*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.